

Rumania y Argentina: amores compartidos

En la desapacible tarde del lunes 10 de agosto, una nutrida concurrencia se dio cita en el salón auditorio de la sede de Avda. Corrientes del Colegio, para asistir a la primera de las charlas que organizará la Comisión de Traductores Eméritos, titulada «Más allá de fronteras y culturas». La invitada de honor fue Rumania, y el orador, un rumano nativo, padre de nuestra colega Virginia Namino.

| Por la **Comisión de Traductores Eméritos** |

Con una memoria prodigiosa, Alejandro Namino inició su charla contando los orígenes del país.

Rumania es un país ubicado en la intersección de Europa Central y del Sureste, en la frontera con el mar Negro. Limita con Hungría y Serbia al oeste, con Ucrania y Moldavia al noreste y al este, y con Bulgaria al sur. Con 238 400 km², es el noveno país más grande de la Unión Europea por área y cuenta con la séptima mayor población de la Unión Europea, con más de 19 millones de habitantes. Su capital y ciudad más poblada es Bucarest, la décima ciudad más grande de la Unión Europea.

Los Principados Unidos surgieron cuando los principados de Moldavia y Valaquia se unieron bajo el príncipe Alexandru Ioan Cuza en 1859. En 1881, Carol I de Rumania se coronó y se formó el Reino de Rumania. Su independencia del Imperio otomano fue declarada el 9 de mayo de 1877 y fue reconocida internacionalmente al año siguiente. Al final de la Primera Guerra Mundial, Transilvania, Bucovina y Besarabia fueron anexadas por el Reino de Rumania. La Gran Rumania surgió en una época de progreso y prosperidad que continuó hasta la víspera de la Segunda Guerra Mundial. La guerra provocó el surgimiento de una dictadura militar en Rumania, lo que la lleva a luchar del lado de las potencias del Eje de 1941 a 1944. Posteriormente,

cambió de bando en 1944 y se unió a los Aliados. Al final de la guerra, algunos territorios del noreste anteriormente de Rumania fueron ocupados por la Unión Soviética, con unidades del Ejército Rojo estacionadas en territorio rumano, y el país acabó convirtiéndose en una república popular y miembro del Pacto de Varsovia.

El término *Romania*, tierra de romanos, puede aplicarse al conjunto de territorios en los cuales se habla alguna de las lenguas románicas. No obstante, acabó por designar a la parte oriental del Imperio romano, en concreto, a las tierras conquistadas y posteriormente colonizadas de la antigua Dacia.

El hecho de que los rumanos usan para sí mismos un nombre derivado del latín —*romanus* (*romano* en español)— está documentado desde el siglo XVI, incluso por humanistas italianos que viajaron a Transilvania, Moldavia y Valaquia.

A continuación, relató con sentida evocación los pasajes de su partida de Rumania junto a su familia, relato que emocionó y apasionó a todos los asistentes y cuyos detalles incluimos a continuación.

La familia Namino —los padres, Alejandro con once años y un hermanito de dos años y medio— dejó Rumania para siempre en marzo de 1948.

>> Rumania y Argentina: amores compartidos

Llevaban mucho tiempo planeando esta huida que no muchos, ni siquiera en su propia familia, consideraban necesaria. Unos ocho meses antes de la partida, vendieron su casa, con muchas habitaciones y jardín, e hicieron saber a sus amistades y conocidos que ya les era imposible sostener los costos que el mantenimiento demandaba. Compraron un departamento y allí vivieron hasta el mes de marzo.

Un viernes, como cualquier otro, saludaron al personal de la fábrica que tenían con un «hasta el lunes». Ya habían arreglado con una organización que se ocupaba a alto precio de hacerlos llegar a la frontera con Hungría. Llegaron a la estación de ferrocarril, estacionaron el auto y con una valija chica hicieron un recorrido con varias conexiones para disimular que no viajaban directamente a la frontera.

Ya en Hungría, con un régimen comunista más liviano y gracias a la ayuda de un primo que vivía en Budapest, consiguieron pasaportes falsos y pudieron pasar a Italia, primero a Milán y luego a Roma. Allí, el padre de Alejandro presentó ante el Consulado de Costa Rica una visa que había comprado para ese país, pero resultó ser falsificada.

Entonces surgieron tres únicas oportunidades: Uruguay, Paraguay y la Argentina. El padre de Alejandro, frente a un mapa, eligió a la Argentina por su mayor extensión. El cruce en barco llevó treinta y cinco días en tercera clase junto a tres mil inmigrantes.

Alejandro comenzó a asistir al colegio y, dado que el rumano es una lengua latina, tuvo gran facilidad para aprender castellano. Su padre pudo comenzar a trabajar con un socio, quien compró un molino, y así empezaron a moler para terceros. De a poco, el negocio fue prosperando hasta que con un crédito del Banco Provincia pudo poner una pequeña fábrica de envasado de especias.

Alejandro Namino y su familia no dejan de agradecer a nuestro país por las oportunidades que les ofreció.

Entre la concurrencia, había varios rumanos nativos que le pusieron color e ideal complemento a las anécdotas de Alejandro, que no se cansó de contestar las inquietudes de los asistentes.

Lamentamos que no haya estado presente la traductora pública Gabriela Muresan de Bort, quien también estaba convocada para disertar, pero un tema personal de importancia hizo que no pudiéramos gozar de su disertación.

Agradecemos a Alejandro Namino por su exposición y a la colega Marta Calvinho de Barbat, quien hizo posible el encuentro. ■

